

resistido constantemente esos mismos esfuerzos arriba indicados, por más que agradeciera siempre en el fondo de mi corazón tan relevantes pruebas de simpatía y de afecto.

Pero la perseverancia, que es la virtud final, la poseían sin duda mis respetables y buenos amigos, y ha triunfado al fin: confiado en la bondad é inteligencia de los mismos, de mis amados hermanos en el sacerdocio, y del público en general, pongo en sus manos este único tomo, por ahora y por vía de ensayo: en él hallarán mis amables y complacientes lectores una completa miscelánea de asuntos y de géneros de oratoria, que caso de seguirse la publicación de otros tomos sucesivos, y por orden de años de predicación, como el que tienen en sus manos, harán de cada uno de ellos un volumen completamente separado é independiente; repitiéndose en ellos los asuntos, bajo diversas formas y temas, y presentándose otros nuevos, principalmente en panegíricos y festividades más celebradas en nuestra patria, y por lo tanto, de mayor y más inmediata aplicación; reservando, en todo evento, para los tomos últimos que hubieran de publicarse, los triduos, quinaros, octavaros, novenarios y conferencias.

Una palabra para concluir: acaso algunos hallarán estos sermones demasiado breves; pero debo advertirles, que los de San Pedro Crisólogo, excelentes modelos de oratoria, lo eran también, y el Santo Padre tenía y daba sus razones para ello; que los míos son desarrollados y escritos sin mucho tiempo ya, por cierto, y sobre apuntes ligerísimos, como ya he indicado; y que la reconocida ilustración de mis compañeros sabrá darles desde luego, y en todo caso, la debida extensión, pudiendo servir muchos de ellos, ó para dos ó tres sermones diferentes, siendo *tripartita* la proposición, ó para un triduo, sobre todo en las materias morales y de circunstancias.

Sea todo para mayor honra y gloria de Dios, y servicio de la Santa Madre Iglesia, á cuyo fallo infalible sujeta desde luego sus tareas, como obediente hijo

EL AUTOR.

Zamora, 1.º de Enero de 1884.

## SERMON

### SOBRE EL AUGUSTO SACRAMENTO DEL ALTAR.

*In ipso vita erat, et vita erat lux hominum.*

En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

(Ex Ev. S. Joan, c. I, v. 3.)

*En el principio creó Dios el cielo y la tierra: Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: Sea hecha la luz, y fué hecha la luz.*

Hasta aquí, hermanos míos, la palabra revelada que nos describe, por la luz, el principio de la creación y de la vida del universo material y sensible: pero en estos solemnes instantes, en este sagrado lugar, y ante la presencia de ese Dios de la creación, oculto bajo aquellos cándidos accidentes, vengo yo en busca de otra luz más superior y más brillante, de otra vida más íntima y más duradera; de otro principio que no le tenga en el tiempo: dejadme hojear otra vez el Santo Libro y veamos si algunas páginas posteriores pueden superar á la narración inspirada de Moisés, en grandeza, en realidad, en sencillez de frase, como en elevación de concepto: Juan, el discípulo amado, el que, recostado en el pecho del Salvador, bebió en la noche de la institución de ese adorable Sacramento, (la Iglesia sabrá decirlo mejor que yo) *Fluenta Evangelii*, es decir, lo más sublime, y lo más copioso, y lo más íntimo, y lo más secreto de las revelaciones de lo alto, nos lo va á decir, para nuestra admiración y enseñanza, en otro nuevo

Génesis, en una genealogía especial, desconocida para los hombres; escuchadle:

*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios: Este era en el principio, con Dios: Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fué hecho, se hizo sin Él: En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; ya lo habéis oído en mi tema.*

Pero, ¿qué principio es éste? ¿qué Verbo? ¿qué vida? ¿qué luz? no es un principio de tiempo, como el de la creación; no es precisamente, tampoco, ese Verbo, la palabra omnipotente y creadora del universo: no es la vida que comienza por la luz primera derramada sobre el caos, y que se ha de tornar en tinieblas, en un supremo é indefectible día de destrucción y de horrores: no es nada de eso, mis hermanos: es el principio que nunca conoció comienzo, ni ha de tener fin jamás: es el Verbo engendrado por el Padre entre los resplandores infinitos de la eternidad: es la vida en su acepción mejor y más perfecta: es la luz, que según la frase misma del evangelista de Patmos, *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*: es el Verbo, en fin, hecho carne por nuestro bien, y constituyendo desde ese mismo instante una generación espiritual y gloriosa, según la misma inspirada afirmación del texto evangélico; y como la Santa Eucaristía es apellidada por los SS. PP. la extensión, la continuación de la obra admirable de la Encarnación hasta el fin de los siglos, es, diré ahora yo, acercándome al plan de mi discurso en esta mañana, el Augusto Sacramento de nuestros altares convertido en luz para el mundo católico, y aun para la sociedad entera.

Para la sociedad entera, sí, señores: que no basta, dada la caída del hombre, y sus consiguientes funestas tinieblas, esa luz material y física que contemplamos, para iluminar al hombre por completo, en todo su ser; que no le basta esa vida material que tanto anhela, por lo mismo que ha de perderla al fin; que no basta, sobre todo, en nuestra época infeliz, de sibaritismo y de goces materiales, ese Verbo creador y conser-

vador, manifestado en sus obras, que debían llevar á la humanidad, tan envanecida hoy de sus conquistas y de sus adelantos en ciertos terrenos, al conocimiento de otra luz más esplendente y de otra vida más venturosa: que es precisa la luz y la vida, hoy más que nunca, del Verbo Redentor Sacramentado, vida que nunca termina, y luz que jamás se extingue, para que sirva de antorcha al mundo moderno, en medio de sus alardes de ciencia y de ilustración, de vida y de luz material, cuando en realidad habita en las densas tinieblas y sombras de la muerte.

La sociedad, mis hermanos, bien lo sabéis, no puede existir, siquiera medianamente organizada, sin alguna religión positiva; y las bases de toda religión, y mejor, de la que por dicha nuestra profesamos, se resumen perfectamente en el triple respecto del *dogma, del culto y de la moral*; pues bien: *La Santa y adorable Eucaristía*, considerada como *Misterio*, es luz que afirma y completa el dogma: como *Sacrificio*, es luz que perfecciona y ennoblece el culto: como *Sacramento*, es luz que inspira y sostiene la moral.

Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, diré yo ahora con la palabra siempre oportuna, sabia y autorizada de la Iglesia, sedme propicio en esta ocasión, como lo acostumbráis, mediante vuestra bondad infinita: Madre del Divino Verbo, interceded por mí, mientras en unión de mi auditorio os saludo reverente con el Arcángel, embajador de la *Luz y de la vida*:

AVE MARÍA.

A la manera que toda la razón religiosa del catolicismo, consiste en dogma, culto y moral, toda la razón suprema de la creencia católica se halla basada desde luego en tres indiscutibles é inseparables principios: *el Libro, la Institución, el Hecho*: el *Libro*, es la Sagrada Escritura; la *Institución*, la Iglesia; el *Hecho*, la Santa y adorable Eucaristía, que sella y confirma los dos principios anteriores.

Porque yo, hermanos míos, abro la Santa Letra, y la abro con respeto profundo, y la examino con reverencia profunda también, como que es el Testamento de Dios á la humanidad, en frase de San Agustín, la palabra revelada, el Libro por excelencia, y en todos los órdenes y en todos los terrenos, como que es la verdad, procedente de los divinos labios; pero yo no hallo, y he de confesarlo en virtud de esa misma creencia católica que profeso, yo no hallo allí, en la Santa Escritura, toda la suma, ni toda la razón suprema de mi fe; tengo que recurrir á la tradición, representada y contenida en los SS. PP.: y aun así, vuelvo á repetirlo, sin temor de equivocarme, ni de ser desmentido, no afirmo y completo ese mismo dogma, no aseguro esa misma fe, sino mediante la palabra infalible de la Iglesia católica, que es la *Institución* divina que al entregarme ese *Libro* y esas tradiciones, y al certificarme del unánime consentimiento de esos venerables sagrados intérpretes de la letra inspirada, y depositarios de las verdades dogmáticas que aun fuera de ella existen, viene á repetir, con su augusta y autorizada voz, en mis oídos de hijo sumiso, y fiel creyente, aquellas hermosas y decisivas frases del Doctor de la Gracia: *Yo no creería en el Evangelio, si á ello no me obligara, convencido y conmovido, la autoridad de la Iglesia Católica.*

Pero yo voy esta mañana aún más allá en mis investigaciones de fe y de amor: y respetando en esa misma Iglesia á la vez que la *Institución*, el *Hecho* de su existencia, de sus luchas, de sus victorias, que demuestran palpablemente á los hijos del siglo de los *hechos consumados*, la asistencia de un poder sobrenatural y divino en esa institución admirable, vengo á señalar, además, como un hecho constante, apreciable, que confirma y completa nuestra razón de creencia dogmática, en cuanto es Misterio, el augusto y amante Sacramento de nuestros Tabernáculos.

Cuando yo abro la Santa Escritura; cuando en la historia evangélica veo, tan sencilla como perfectamente detallados los hechos, las bondades, las palabras, los milagros en fin, del

Verbo encarnado, si yo no tuviera, en mi mente y en mi corazón, la fe y el amor de la Santa Eucaristía, y el convencimiento íntimo de su realidad y de su existencia hasta la consumación de los siglos, todavía pudieran repetir mis labios aquellas frases que el Crisóstomo pone por un momento en boca de la humanidad, admirada de tanta grandeza, y de tanta bondad, y santamente envidiosa de los que presenciaron tales y tan estupendos portentos: *Quisiera verle, contemplar su corporal belleza, tocar sus vestidos, su calzado*; ahí le tienes, contesta enseguida el mismo Santo Padre: le ves, le tocas, le comes..... eres aún más dichoso que aquellos cuya suerte envidias, dire yo, completando en cierto modo las palabras de San Juan Crisóstomo; no es el *hecho consumado*, sí, pero que pasó al dominio de la historia: es el *hecho consumado*, que no pasa, que permanece, ante el cual se postra y adora la humanidad hace diez y nueve siglos; y este hecho, sociedad material contemporánea, tiene que ser una verdad, y una vida, y una luz, precisamente; porque la humanidad no puede estar loca, y por tanto trascurso de tiempo: tengo, pues, que decirte, una vez más, con un Santo Padre: *Crede ergo Evangelistæ*: hay que creer, indefectiblemente, lógicamente, en esta luz, que, como *Misterio de fe* por excelencia, afirma y completa el dogma católico.

Y no replique el mundo descreído que este *hecho consumado* lo es solamente en el orden de la fe, en las regiones de la fe, cuando no de la preocupación y del fanatismo: lo es, y magnífico, y radioso, y esplendente é incontestable aun en el orden de la naturaleza: pasemos, un momento, como desapercibidos, para la sociedad presente, los milagros de todas las épocas, en orden á este hecho divino, á este Misterio adorable: ahí están, *hecho consumado, continuado, incesante* en el orden físico y natural, las Santas Formas de Alcalá de Henares, de Zamora, de Segovia, del Escorial, los Santísimos Corporales de Daroca... ¿por qué, obedeciendo á las inmutables leyes de la naturaleza, no se corrompe, no se destruye esa sustancia, según ellos, esos

accidentes, según nosotros? *crede ergo Evangelistæ*: hay que creer, mis hermanos; hay que confesar, en el campo católico como en el descreído, que la Santa Eucaristía, como Misterio, completa y afirma el dogma, porque es el *hecho consumado* por excelencia, que presta luz y vida á todo hombre que viene á este mundo.

Y lo es, no menos, también, como Sacrificio, perfeccionando y ennobleciendo el culto: no quiero hacer la historia del sacrificio, acto supremo de Religión, en los pueblos anteriores á la Cruz: cierro por un instante la palabra de Dios revelada, donde todos los sacrificios, detallados y organizados por el caudillo y legislador del pueblo hebreo, y opuestos diametralmente á las bárbaras hecatombes de las gentes, preparan esta oblación solemne, este sacrificio incruento y sin mancha, para prestar sólo inmensa, única y exclusiva atención al culto católico, perfeccionado y ennoblecido por el mismo: y aunque todo en ese culto inspirado y sublime respira perfección y nobleza, veremos, no obstante, que para ese Sacrificio augusto reserva sus magnificencias especiales y deslumbradoras, sus más purrosinciosos, sus cánticos más sublimes, sus vestiduras más preciosas, su rito, en fin, más solemne, como si quisiera demostrar, en todos sus actos relativos y ordenados á ese *Sacrificio* por excelencia, que de él brota, sin cesar, y á torrentes, la luz y la vida, no sólo para el culto católico, no sólo para la Iglesia, sino para la sociedad, para el mundo de las ciencias y de las artes, que sólo pueden calentarse á los resplandores de esa luz, y brillar con sus destellos, y vivir, recibiendo vida de ese principio eterno de existencia.

Tomás de Aquino, el Doctor del Sacramento, componiendo su admirable oficio para la festividad del Sacrificio del Altar: Luis XII, dando á luz el *¡O salutaris Hostia!* Mozart, entregando á los ecos armoniosos del arte divino inspirado y protegido por la Iglesia su arrobador *Ave Verum Corpus*: Calderón, Lope, Damián de Vegas, haciendo descender á las hijas del monte Helicón, que supo crear la fábula, para celebrar las

glorias de ese Sacrificio eterno: Giotto y Leonardo de Vinci con sus *Cenas* típicas y celebradas en el arte: Arfe, Villafañe, los plateros cordobeses, con sus viriles, custodias y carrozas de triunfo, para conducir victorioso al *Sacrificador* por esencia delante de su pueblo: Descartes, Leibnitz, Pascal, profundos pensadores, acerca de esa oblación sin mancha: Fenelón, Bossuet, Ravignán, elocuentes panegiristas del Cordero inmolido sobre el ara santa.... basta: se ha realizado por completo, en el mundo físico, como en el mundo moral, en el mundo de la ciencia, como en el mundo de la fe, en la sociedad como en la Iglesia, el vaticinio sublime de Malaquías: *desde el oriente al ocaso mi nombre es grande entre las gentes: y en todo lugar se sacrifica y se ofrece á mi nombre una hostia sin mancha, porque mi nombre es grande entre las gentes, dice el Señor Dios de los ejércitos.*

De los ejércitos, sí: porque esa adorable víctima, símbolo eterno de paz, de unión y de fraternidad y unidad verdaderas, se divide en pedazos entre caudillos é individuos de diversas familias, y de irreconciliables razas, para extinguir odios inveterados, y confirmar sinceras y estables alianzas y uniones: porque ella, á su sola presencia, apacigua las discusiones populares y los tumultos civiles: porque ella, realidad perfecta de abnegación, de amor, de heroísmo y de sacrificio, coaliga mil veces á los Príncipes y á los pueblos cristianos, y vence con ellos en las Navas y en el Salado, en Covadonga como en Granada, en las llanuras de Viena, como en el golfo de Lepanto.

Pero, sin notarlo siquiera, y como una indefectible, natural, y lógica consecuencia del perfecto y admirable enlace de las verdades católicas, estamos ya en el terreno de la moral, en el terreno esencialmente práctico, en el terreno del *progreso indefinido*, á que aspira la sociedad contemporánea; y en este terreno, como en los anteriores, la Santa y divina Eucaristía, en su concepto de *Sacramento* inspira y sostiene esa moral apetecida y decantada por la humanidad de nuestros días, de-